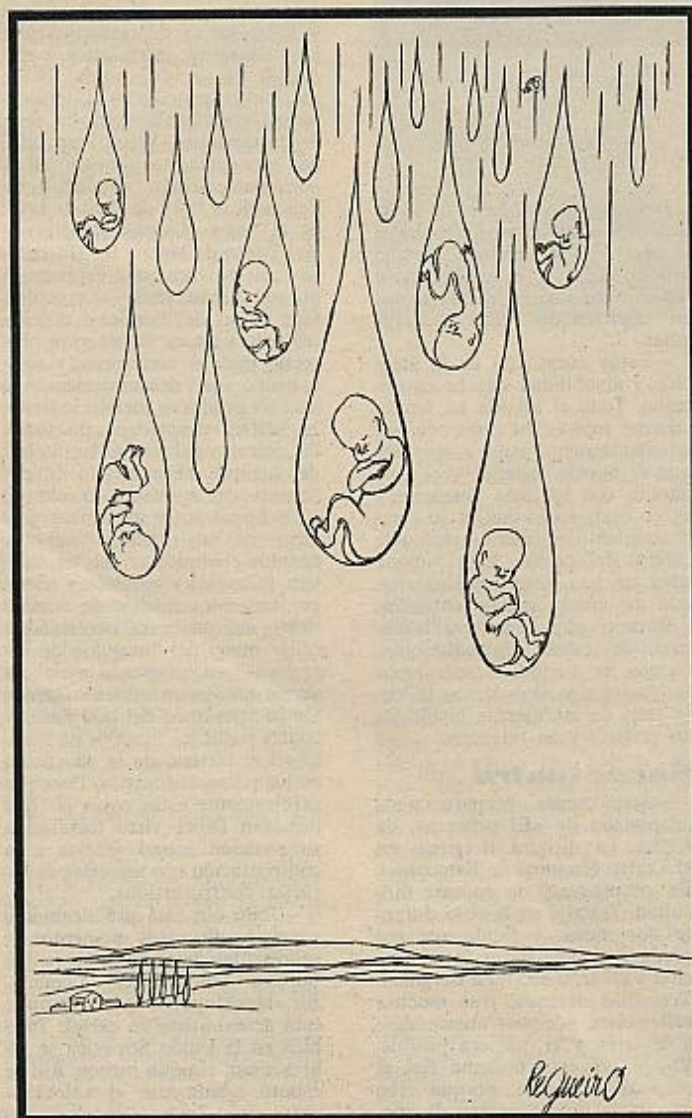
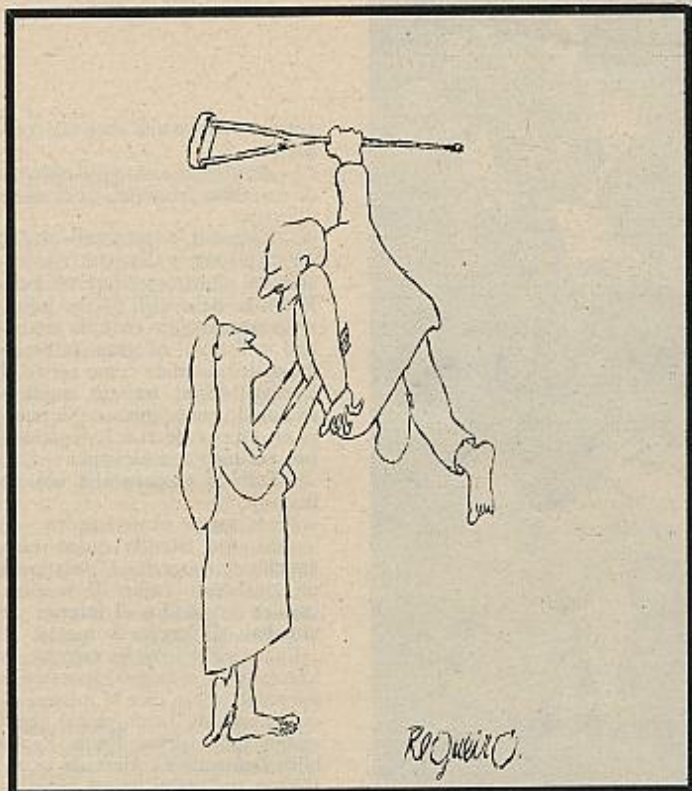


LA SEMANA ESPAÑOLA  
DE PETER WEISS



una puesta en escena de Liubimov. En cuanto a «Trotsky en el exilio», la he retirado de todos los teatros, porque no estoy de acuerdo con mi obra. Es un asunto muy complejo que precisa análisis rigurosos. Tendría que modificarla nuevamente para que volviera a representarse. El tema me sigue preocupando igual que antes y considero fundamental tratarlo. Pero debo profundizar en el análisis.

Entre burlas y veras le cuento a Peter que hace unas semanas corregía la traducción de sus intervenciones en los «Brecht-Diálogo 1968». Le pregunto su opinión sobre el montaje que hizo el Berliner de su «Discurso sobre el Vietnam» en 1969, dirigido por Ruth Berghaus con escenografía de Andreas Reinhardt.

—No me gustó mucho el espectáculo del Berliner. Había cosas que estaban bien, pero eso era todo. Era mucho mejor la puesta en escena de Rostok. Respecto a los «Diálogos» de mil novecientos sesenta y ocho, es cierto que fueron muy importantes. La comunicación de Wekwerth fue muy importante, pero representaba la cima de lo brechtiano. ¿Cómo seguir después?

Vamos al Museo Románico y al Museo Picasso. Peter está radiante, y su talante pictórico de hace algunos años vuelve a surgir. Una vez más, lo que admira de Picasso es el rigor, el trabajo escrupuloso, los años de aprendizaje. Los dibujos de la primera época, el precioso cuadro naturalista «Ciencia y caridad», son una lección sobre el pintor que iba a surgir después.

**El teatro como servicio público**

Otra vez la calle. Ahora en el cruce de la Vía Layetana con Aragón, el Teatro Capsa. Peter ha insistido en ver a los Joglars y su «Mary d'Ous». Tiene auténtico interés por el espectáculo.

—Me gusta el teatro sin texto, como hace Peter Brook, por ejemplo. Yo no puedo hacerlo porque quiero y me preocupa mostrar la contradicción, lo dialéctico.

Inmediatamente comienza el acoso de la «tele», los fotógrafos, los periodistas y su negativa a responder a ninguna pregunta.

A Peter le gustó mucho «Mary d'Ous». Durante más de una hora estuvo hablando con Albert Boadella y los actores. Le interesaba saber el método de creación y trabajo de Els Joglars, sus formas de financiación, etcétera. Paco subraya su pregunta con cifras.

—Para una decena de teatros independientes hay en Suecia el equivalente a cuarenta millones de pesetas de subvención. De to-

dos modos, eso son los decimales del presupuesto teatral, que es gigantesco. Prácticamente todo el terreno que merece considerarse como tal está sostenido por la financiación pública y no se basa en el beneficio.

Boadella relata brevemente las dificultades enormes para conseguir un sueldo mínimamente digno para los componentes del equipo. Yo estoy en el centro de esta conversación y veo cómo Peter Weiss conversa entusiasmado con una joven compañía, altamente profesional, cuya cualificación —lo he dicho alguna vez— no reside en el tamaño de sus letras en los carteles u otros subterfugios que rodean la venta de carne de actor, sino en su exclusivo trabajo escénico.

Paseamos de nuevo. Peter nos dice:

—Ahora, tranquilos, respondería a cualquier pregunta de los periodistas. Les hablaría de las subvenciones teatrales, de los programas de financiación teatral, de la creación escénica...

Peter Weiss ha comprendido. El problema de nuestro teatro antes que estético es de infraestructura. Hay que liberar al teatro de sus ataduras estrictamente mercantiles, de su ley exclusiva del beneficio, de sus intermediarios y parásitos. Convertirlo en un bien de cultura y en un servicio público no para engrosar las fortunas de unos pocos, sino para disfrute del pueblo español.

Paco interviene:

—Recuerdo que en Suecia hubo una gran discusión sobre el tema de las subvenciones. Olof Palme, el primer ministro, lo resumió diciendo que se discutiese cómo dar las subvenciones, pero que en todo caso quedase garantizada la libertad de creación y de crítica. De este modo, el gobierno socialdemócrata paga a los grupos que hacen su crítica desde la izquierda.

—¿Por qué eres sueco, Peter?

—Eso es casi un accidente. Fui ciudadano checoslovaco. Viví en Alemania hasta mil novecientos treinta y cuatro. Pasé después a Inglaterra y finalmente a Suecia. Hubiera podido ser italiano u holandés... Sería ciudadano de cualquier país en el que pudiera, como ahora, trabajar en libertad.

**La responsabilidad del escritor**

Nos encontramos en el hotel. Hablamos del «Mockinpott» que una compañía madrileña piensa montar en breve. Para mí, la obra —le digo— es una parodia de la gran tragedia alemana de Hebel o Schiller. Convierte lo trágico en grotesco, pero eludiendo totalmente lo ridículo.

—Efectivamente, eso es cierto.